

pera a alguien. A poco oyóse un crujir de ramas, y un hombre apareció en el playo.

Era el que llegaba, un mocetón fornido, de tez morena, de rostro simpático y hasta bello, a pesar de la nariz larga y corva, de la boca grande y carnosa y de la escasa barba negra que crecía sin cultivo. Vestía bombacha de dril blanco, muy almidonada, y calzaba alpargatas floreadas; no llevaba saco, ni blusa, ni chaleco: sólo una camisa de color, recién puesta y tan almidonada como la bombacha. Iba con el sombrero en la mano, sujeto del barboquejo, a manera de canasta, pues lo había llenado de hermosos frutos de ñangapiré. En la mano izquierda tenía un gran ramo de margaritas blancas.

Ya cerca de la joven tendió torpemente el brazo, y mirándola con ternura:

—Tomá,—le dijo: y le entregó el ramo.

Ella lo cogió sonriendo, y oliéndolo con fruición:

—¡Qué ricas!—exclamó;—gracias.

Y después, mirando el sombrero.

—¿Qué trais ahí?—preguntó; y sin darle tiempo para contestar, metió la mano traviesa.

—¡Pitangas!—dijo alborozada, y tomó un puñado que llevó a la boca.

Mascando las frutas, menudas y riendo.

—¡Qué lindas son!—decía:—dónde las ajuntastes?...

El mocetón, con el labio péndulo y la mirada embobada de los enamorados tímidos, la contemplaba embelesado, sin atinar a pronunciar palabra. Tenía la cabeza inclinada sobre el lado derecho, y las hebras del negro cabello lacio, mojado en el baño reciente, recaían formando banda sobre el hombro derecho, que casi se ocultaba.

—¿No me das esa flor?—dijo de pronto, refiriéndose a la de ceibo que la niña había dejado en el suelo; e hizo ademán de cogerla.

—¡Esa no!—contestó con viveza,— ¡es muy ordinaria!...—Tomá ésta...— y le ofreció un clavel blanco que llevaba en el pelo. El la tomó con ternura y la puso en la boca, suspirando y abrazándola con la mirada.

—¿De verdá, Clota, me querés?—murmuró.

Ella lo miró un momento, seria, pensativa, dando a su linda cara morena un aspecto severo, y al ver el aire triste del mozo, el dolor que se pintaba en su semblante, lanzó una carcajada fresca y sonora, que llenó el bosquecillo de ceibo, y le tiró al rostro los pétalos de la flor que había recogido y deshojado.

—¡Qué cara de ternero enfermo tenés!—le dijo; y siguió riendo, mientras el gauchito, devorándola con los ojos y pasado el susto, reía también rebotando de alegría.

JAVIER DE VIANA

## COMO SE ENTENDIAN LOS PADRES DE LA GRAN COLOMBIA

A don Laureano Vallenilla Lanz.

UNA vez, en una de las tormentosas sesiones de la Constituyente de 1821, reunida en la Villa del Rosario de Cúcuta, el Diputado Doctor Vicente Azuero, montado en cólera, lanzó un raudal de improperios fulminantes contra sus honorables colegas de la Cámara, entre ellos, al Doctor Miguel Peña, quien contestó con dignidad y gallardía las palabras ofensivas del Diputado jupiteriano.

Pasada la tormenta parlamentaria, muy propia de aquellos días iniciales de la República, la razón fulguró en el criterio del Doctor Azuero, y el corazón de éste, noble y grande, generoso y bueno, como eran los corazones de aquéllos hombres ilustres, dictó la siguiente carta, dirigida a uno de los constituyentes más heridos de sus palabras ardorosas:

Señor don Miguel Peña.

«Mi ofendido amigo: no tengo expresiones con que explicar a Ud. toda

»mi confusión y vergüenza. Ud. ha tenido justísimos motivos para indignarse y para aborrecerme. Yo no había recibido de Ud. sino los más claros testimonios de estimación y de amistad.

«Mi acaloramiento de la otra noche de ninguna manera tuvo Ud. por objeto, sino a los otros preopinantes. Pero yo me excedí siempre, y mi imprudencia, mi atolondramiento y necedad no tienen disculpa. Deseaba dar una satisfacción pública, tanto a Ud. como al Congreso: si se me presenta una ocasión favorable, en que no parezca puerilidad, lo verificaré, porque me parece que el mejor modo de reparar un error es confesarlo, y que no es debilidad hacer esfuerzos sobre las pasiones para corregirlas y dominarlas.

«Por lo que hace a Ud. particularmente, estoy cierto de su generosidad: no dudo que olvidará para siempre

»mi falta. Pero nunca, nunca se borrarán en mi corazón la vergüenza y el arrepentimiento. Es muy feo ofender a un amigo aun equivocadamente.

«Dígnese Ud. aceptar esta pequeña satisfacción, de quien se protesta su verdadero y eterno amigo.—V. AZUERO».

Al leer esta carta nos queda una grata impresión en el alma. Yo no sé cuál de los dos Diputados sale más favorecido: si el Doctor Peña recibiendo aquella magna satisfacción, o el ilustre Doctor Azuero, que se la dirigió, así, libre, amplia, noble, como se estila entre grandes caballeros. Y eso fueron los Padres de la Patria, los grandes Caballeros de la Libertad!

La Historia conservará esta misiva reluciente como un honor para Miguel Peña, y como una gloria para Vicente Azuero.

ANDRÉS PACHECO MIRANDA

## Con los Autores y Editores

(Las obras señaladas en esta sección pueden pedirse o encargarse a la Administración del REPERTORIO, en donde habrá un esmerado servicio de Librería americana, española, francesa, italiana e inglesa).

De don Pedro Henríquez Ureña, Profesor de la Universidad de Minnesota, al señor G. M.,

¿Ha leído usted *The Education of Henry Adams*, libro autobiográfico publicado en 1918, o reimpresso mejor dicho? Es probablemente el libro más importante que se ha escrito en este país en lo que va de siglo.

De don Rufino Blanco Fombona, en Madrid, al señor G. M.,

Pero lo que yo deseo de usted, lo que ahora vengo a pedirle es un libro suyo para darlo en la «Biblioteca Andrés Bello». Un libro de cuentos, una novela sería magnífico. Y como usted, además, es hombre de gusto tan seguro y como conoce tan bien a los literatos de América, le ruego me indique nombres y libros centroamericanos que pueda yo publicar. Me gustaría un libro de Masterrer. Las *Niñerías* que usted publicó son preciosísimas. ¿No habría lo suficiente para un libro de *Andrés Bello*? De Roberto Brenes Mesén algo podría dar. Y desde luego, voy a suplicarle a usted que le escriba en mi nombre pidiéndole que me envíe su autorización para yo editar su hermosa versión de *El Pájaro Azul*. No se le olvide. Mire que esto me interesa; y que él no lo eche en saco roto. En fin, veo que no he sido justo con los centroamericanos; que en mis colecciones hay pocos de ellos y estoy dispuesto a reaccionar en sentido de justicia. Lo malo es que, aunque conozca los autores buenos, no sé donde viven. Mejor será, si usted quiere darse la pena, que me mande usted —o me haga mandar— una docena de los mejores libros de escritores de Centro América, sin exclusión de país alguno. Sería un servicio inmenso. ¡Y cuanto libro libro tendrá usted ahí que no utilice! Pero, lo primero, que venga la obra de usted.

De don José Pedro Segundo, Profe-